

Historia de un marinero

por

J. Peterssen

Mi nombre es Pitt. Mi historia se remonta hacia el año 1664, en plena Edad Moderna. En aquella época había mucha piratería. ¡Ya lo creo que la había! Debías tener mucho cuidado con el barco (con el tuyo y con el de los piratas) y la mercancía que llevaras dentro. No había muchas guerras a nivel mundial, o eso creo. Pero mi caso era distinto.

Vivo en Atlan, una isla perdida en el Océano Atlántico. Somos la isla vecina de Ocam, o ellos vecinos nuestros, según se mire. Nuestras islas están siempre enfrentadas en pequeñas y tontas discusiones, como qué isla es la mejor constructora de barcos, o la mejor comerciante y ese tipo de cosas. Por suerte no llegamos a tener disputas muy graves como guerras y batallas, y jamás las tendríamos (o al menos eso pensábamos).

De profesión y vocación soy capitán del buque insignia del gobernador Christopher II, lo que me permite tener guardias a mi servicio. No os creáis que ser marinero es fácil, y mucho menos capitán. Hay que aguantar ataques de piratas, gastarse un dineral en estudios de cartografía y tácticas de combate y otros estudios, y navegar ya esté despejado o estemos bajo una terrible tormenta, que era lo más normal, cuando el gobernador me lo ordenase.

Por suerte, hace treinta años, el gobernador puso a prueba los conocimientos marinos de todos y cada uno de los niños del pueblo para elegir al futuro capitán de su buque insignia. En aquella prueba salió un niño muy listo, ¿adivináis quién? La verdad es que es una pena que las mujeres no pudieran ser marineras porque si no el gobernador tendría a la mejor capitana de todos los tiempos, mi hermana, la que me enseñó todo lo que sé. Además con el sueldazo que gano pude ayudar a mi familia (mi padre Josh, mi madre Sarah y mi hermana mayor Tabitha) a salir de la pobreza y a ayudarles a pagar algunos gastos, como la comida, la leña para cocinar e incluso compré un caballo, que por cierto no era nada barato.

Un día el gobernador me pidió que transportase un cargamento de oro a Ocam. ¿Por qué? Pues porque había llegado un emisario de la isla vecina para declarar la guerra a Atlan. Esto nos pareció muy bien. Nos parecía fatal que declararan la guerra, pero se agradecía que nos avisaran con antelación. De todas formas el gobernador Christopher II no quería una guerra. No tenía muchos soldados, aunque alcanzaba para llenar tres barcos. La misión consistía en cargar el oro en un barco y marchar escoltado por otros dos barcos (aquí es donde participo yo) rumbo a Ocam sin recibir daños ni robos para poder darle al gobernador de Ocam todo el oro del barco y así poder evitar una guerra de la que sin duda saldríamos malparados (y eso los que salieran). Estábamos en pleno verano, la fecha perfecta para salir ya que había menos probabilidad de tormenta y teníamos un mes, más o menos, para llegar a tiempo antes de que empezara la guerra.

Salimos del puerto y el tiempo era tranquilo. Había viento suficiente para impulsar los tres barcos, pero no llegaba a ser desagradable para los tripulantes. El mar estaba en calma, no había apenas oleaje. Cuando entramos en mar abierto las cosas fueron empeorando y vimos unas nubes absolutamente negras que se acercaban por el horizonte, nubes de tormenta. Podríamos haber vuelto a puerto y esperar a que la tormenta amainase para no sufrir daños, pero íbamos con el tiempo justo y la tormenta nos cogería antes de llegar a puerto. Además, hacer esto nos condenaría a la guerra. Teníamos que arriesgarnos si queríamos salvar Atlan. Las olas se alzaban por encima del barco. Cayeron rayos muy cerca de nosotros. Por poco nos hundimos. Por suerte conseguimos salir de la tormenta, no sin sufrir daños, aunque fueron leves. Por desgracia perdimos bastantes guardias que cayeron por la borda, pero así conseguiríamos llegar a tiempo para evitar la catástrofe que supondría la guerra.

No nos habíamos repuesto aún del mal trago cuando divisamos en el horizonte un barco. Creímos que era un barco pacífico, pero nos equivocamos. Reconocí el barco al

instante. Esa bandera negra... esas tibias cruzadas... ese casco negro... Era el barco del pirata más conocido en los siete mares, ¡Barbamar! Por suerte ya tenía pensado un plan por si les atacaban los piratas, aunque con un pirata de la talla de Barbamar tendríamos que ser más drásticos.

—¡Barcos dos y tres, poned rumbo a Ocam! ¡Piloto, embiste el barco de Barbamar a toda velocidad!

En cuanto chocaron los dos barcos grité:

—¡Quiero que los cinco más rápidos se infiltren a espiar el barco, y cualquier cosa interesante que veáis, como un punto débil o algo que pueda ayudarnos, me informáis! ¡El resto al abordaje!

Luchamos durante una eternidad, hasta que llegó uno de los espías:

—Señor, hemos encontrado a un español en una celda. Dice que podría ayudarnos.

Entonces vi una posible ventaja, pero no debíamos confiarlos.

—Que vayan tres soldados y lo metan en uno de los camarotes de nuestro barco.

Eché un vistazo al otro barco y veía que el asunto no pintaba bien. Entonces tuve que recurrir al plan B.

—¡RETIRADA A TODA VELOCIDAD!

Cuando nos alejamos lo suficiente del barco enemigo y no quedaban más piratas en el barco. Ordené que me trajeran al prisionero que habíamos rescatado del la navío de Barbamar y entablé una conversación con él.

Se llamaba Juan Cantueso. Como pago por haberle salvado la vida, se ofreció a ayudarme. Me convenció de que la idea del gobernador Cristopher II no era buena y que tenía una idea mejor que al final me convenció.

Iríamos a España y atracaríamos en El Puerto de Santa María. Después iríamos a Madrid y una vez allí le pediríamos al Rey protección para la isla de Atlan. Resulta que el Rey de España le debía a Juan Cantueso un gran favor por no sé qué asunto que había jurado a Su majestad no revelar jamás. Así que el Rey redactó una carta, la metió en un sobre y marcó éste con el Sello Real, haciéndolo llegar al gobernador de Ocam. La carta decía así:

Mi muy estimado y excelentísimo gobernador de Ocam:

En estos momentos su vecina isla de Atlan ha quedado bajo la protección de España, por lo que si le declaráis la guerra a Atlan consideraremos que también se la declaráis a España.

En dicho caso procederemos contraatacar con toda nuestra flota naval.

Firmado por Felipe IV Rey de España

Al leer la carta, el gobernador de Ocam nos devolvió todo el oro y dejó regresar a nuestros barcos de vuelta a Atlan. Cuando volvimos a Atlan, el gobernador estaba tan contento del trabajo realizado que le dio una parte del oro a todos los soldados y a mí me dieron una recompensa aún mayor por mi trabajo. Por último a Juan le dieron una casa en Atlan por su colaboración y así tendría un nuevo hogar.

FIN

Título: "Historia de un marinero"

Pseudónimo: J. Peterssen

Nombre: Juan José Pérez Agulló